

# Párraga

ANTONIO ARCO

**N**O debe ser casual que el segundo apellido de José María Párraga (gran pintor), sea Luna. De ahí es de donde parecía, muchas veces, que se había caído el artista; o a ella parecía, en ocasiones, que dirigía la mirada; o hacia ella volaba su imaginación. Párraga, de buena persona que era, no parecía de este mundo. Párraga no aparentaba, tampoco, tener edad. Si hay artistas ingenuos —no contaminados, genuinos y verdaderos—, uno de ellos era (y es) Párraga, un ser entrañable y popular, cálido y distinto, nunca distante.

Queda claro que hablar de Párraga nunca puede implicar hablar de un pintor al uso, porque en su universo creativo tenía cabida todo, menos la indiferencia, en este tiempo último y relajado en el que, gracias en parte a Roxana, con la que compartía su existencia deslumbrante de imaginación, su afición a la vida y su ausencia de maldad eran apabullantes; por lo visto, a Párraga no lo expulsaron en su día del Paraíso.

El nacimiento de sus cuatro hijos —a los dos más pequeños dedicaba buena parte de su tiempo y actividad fuera del trabajo: los llevaba al colegio y tenía asignada la tarea de bañarlos—, ayudó a potenciar su obsesión misteriosa por la maternidad y la atracción que le provocaban el mundo de la infancia, los espíritus en su estado más puro y el espacio más íntimo y recóndito de la mente. A Párraga le gustaba el mundo sencillo de Mompó, observar el paso del tiempo meciéndose con la gente en los parques, y acudir cada domingo a La Condomina —a la puerta, nunca entraba en el estadio—, a preguntar cómo iba el *Murcia* y a observar el colorido de camisetas sobre el verde del campo. Párraga decía mucho: «Me da por ahí». Le daba por no planificarse, por no envidiar, por no hacer la puñeta al prójimo, por no ambicionar dinero y renombre, por no caer en las trampas del progreso, por no dejarse llevar por el qué dirán, por no temer a su propia muerte, por no ver ilógico que nacemos, morimos y *punto*. Y por no plantar cara a quienes pretendían aprovecharse de su talento a precios irrisorios. Párraga no sabía conducir, ni montar en bicicleta; escuchaba a menudo la radio —trabajando, por ejemplo—, y admiraba profundamente a quienes dominaban la palabra o la escritura: citaba a Lorca, a Sor Inés de la Cruz,

a Machado y a Miguel Hernández. Asistía Párraga, con su presencia llamativa y sus combates combativos, a cuantas conferencias tenían lugar en Murcia, y sus películas preferidas

y habas, ajos tiernos, arrope y cabello de ángel. Párraga no sabía colgar un cuadro, ni elegir un marco adecuado para arropar la obra, y jamás hubiera firmado una pena de muerte. Párraga se rebelaba contra todo tipo de esclavitudes, se irritaba ante la prepotencia del poder y jamás consintió en doblegar su espíritu. Párraga se perdía y se volvía a encontrar en el paisaje, prefería una acequia al mar (el mar lo inquietaba demasiado), y siempre le interesaba más una persona que un edificio, «un vagabundo que la Capilla Sixtina», los obreros que construyeron San Marcos antes que la contemplación de la joya veneciana. Párraga era único incluso cuando frenaba como artista y se *aletragaba*. Párraga fue víctima de la muerte que castra historias de amor, de la mente que juega algunas malas pasadas y de la mala gente que confunde al bueno con el bobo.

Pero, siempre, Párraga pasó por encima de todos sin quemarse, sin acaparar rencor, sin lamentos y sin ir por la vida repartiendo culpas entre el prójimo. Párraga era incapaz de poner una zancadilla a un gato, y eso que jamás, ni en su infancia, acarició a un animal. La gente que lo quiere (siempre será así) le decía, a veces: «Eres tonto». Ni caso: él iba a lo suyo y ni siquiera el paso del tiempo le preocupaba. Aseguraba ser ya viejo y no encontrarse tan mal.

Un día, en el Museo Thyssen, se emocionó mientras tomaba apuntes de un cuadro flamenco y rompió a llorar. El pintor, que tenía la manía de apagar los cigarrillos, propios o ajenos, y de no parar quieto hasta que no recogía él mismo el hueso de oliva caído al suelo, era un sentimental que prevenía a los amigos contra aquellos que te complican la vida y te llevan al disparate.

Párraga, sabio, decía: «Primero comer, y después pensar». Ahora que ya no está, se empezará a hablar con solemnidad de lo que era una obviedad en vida: su asombrosa obra, sus dibujos y figuras, el arte de un hombre atemporal que no tuvo enemigos, un hombre que cuando quería relajarse se tumbaba y se tapaba la cara con una almohada, un tipo caído del Cielo, un socarrón, un competidor en toda regla —en materia de mezcla de colores en el vestir— del filósofo García Calvo, un *canalla* que nos la ha jugado muriéndose. Un recuerdo/ejemplo para siempre.



lo eran en blanco y negro, lentas y de madrugada; tenía una predilecta, a la que volvía siempre: *La Strada*, de Fellini.

Le gustaba comer cerdo (*marrano*, decía él), pero se lo tenía prohibido la tensión alta,

## Valcárcel destaca del pintor que «era fundamentalmente un hombre bueno y querido por todos»

EFE/REDACCIÓN • MURCIA

El presidente de la Comunidad Autónoma, Ramón Luis Valcárcel, que acudió al Hospital General de Murcia a acompañar a la familia de José María Párraga, dijo del pintor fallecido que «era fundamentalmente un hombre bueno y querido por todos». Valcárcel iba acompañado de la consejera de Cultura, Cristina Gutiérrez-Cortines, que anunció que la obra de Párraga estará presente en el centro de arte que proyecta crear la Comunidad Autónoma.

También se acercaron al Hospital General, a primera hora de la mañana, el vicepresidente del Gobierno, Antonio Gómez Fayrén; y los consejeros de Presidencia, Juan Antonio Megías; Agricultura, Eduardo Sánchez Almohalla; Política Territorial, Jose Ramón Bustillo; y de Sanidad, Francisco Marqués. El presidente del Gobierno Autónomo dijo en las puertas del Hospital que la muerte del Párraga ha sido una «bofetada tremenda, porque se ha ido un hombre entrañable, que forma parte de la historia de Murcia».

Valcárcel destacó, además, la bondad, el cariño y la comprensión que el artista fallecido mostró siempre con los pintores que empezaban y recordó el cariño que la sociedad murciana sentía por el artista.

El vicepresidente del Gobierno, Antonio Gómez Fayrén, dijo, por su parte, que la generosidad del pintor ha hecho que su obra se encuentre muy dispersa y asumió la responsabilidad de intentar aunar esa colección para el conocimiento de las próximas generaciones. Describió al pintor fallecido como una persona vital, generosa, al que no le importaba el dinero y que «como todos los murcianos, fue un ejemplo de tolerancia».



**Chelete Monereo:**  
«Artista honesto e inconfundible»

«Era un alma bendita», dijo ayer la pintora Chelete Monereo, emocionada, al recibir la noticia del fallecimiento de Párraga, que era «extraordinario», añadió. La pintora lo definió como «una persona excepcional y un pintor superauténtico que se ha mantenido puro y al margen de todo ese mogollón tan asqueroso del mercado del arte. Él estaba ahí, flotando de una manera muy noble por encima de las cosas superfluas. Su pintura es inconfundible».



**Antonio Ballester:**  
«Pintor generoso y excepcional»

Antonio Ballester, hijo del pintor Mariano Ballester, uno de los grandes admiradores de la obra de Párraga, destacó ayer de él «su gran generosidad y excepcional calidad como pintor. No tenía el más mínimo reparo en hacerte participar de sus conocimientos». Antonio Ballester lamentó que «un pintor de su categoría» haya tenido que sobrevivir con dificultades económicas y aseguró que «muchas de sus obras podrían estar en cualquier museo del mundo».



**César Oliva:** «No sé qué vamos a hacer sin él»

«El modelo de Párraga ya no existe. Él lo creó y él lo ha roto con su muerte», señaló ayer César Oliva, catedrático de Teatro y vicerrector de la Universidad de Murcia. «No existe otro Párraga —añadió—, no ya en la pintura regional, sino en la pintura nacional. Sus retratos son extraordinarios. Vamos a tener que inventarnos otro Párraga, porque no sé lo que vamos a hacer sin él». ¿Cómo vamos a salir de esto?, se preguntó César Oliva.



**Muñoz Barberán:**  
«Párraga era un milagro»

«Con Párraga se pierde todo: un tío gracioso, un tío simpático, un tío amable, un tío bueno, un gran pintor». Son palabras de Muñoz Barberán, que, invadido por la emoción, señaló que «su muerte es una pérdida que no vamos a olvidar nunca. Era un milagro, Párraga era un milagro, un milagro de persona, un milagro de pintor». «¿Qué puedo decir yo?». «Que hay cosas que no las entiende uno, que son un disparate, que no hay derecho, que son una salvajada», añadió.



**Molina Sánchez:**  
«Un hombre que alegraba la vida»

«Era un hombre que alegraba la vida de Murcia, que tenía una gran personalidad y que sabía ser un gran compañero de todos. Párraga era bueno de verdad, buena persona y un gran pintor y dibujante», dijo ayer Molina Sánchez, para quien «Párraga tenía un entusiasmo que contagiaba. Lo primero que hacía al encontrarte era decirte algo agradable, con cariño, con amor. Su vacante, en lo humano y en lo artístico, no es fácil ocuparla. Era un pintor de categoría».



**González Cano:**  
«Lo queríamos todos mucho»

El periodista murciano José González Cano, afincado en Madrid, recibió la noticia del fallecimiento de Párraga con profunda tristeza: «De este hombre no se pueden decir más que cosas buenas, en todos los sentidos. Me gustan mucho sus pirograbados, pero yo no soy un experto en pintura. Si de algo puede uno saber al cabo de los años es de personas, y Párraga era una persona de la mejor calidad. Un hombre formidable. Me he quedado helado».